SUPLICA PARA UN MUERTO

A Luis Cernuda.

UNA mala noticia en el periódico,
y ya está, Luis Cernuda.
Así, como si nada...;
como si únicamente se tratase
de una convocatoria del cuerpo de correos
o el anuncio irritante de una casa
que se vende por pisos.
Y sin embargo,
se mencionaba un nombre
y un acontecimiento...
(¡Ay, la muerte otra vez,
ahora muriendo a Luis del empellón más súbito!)

Se mencionaba un nombre
casi a regañadientes
y un acontecimiento con minúscula;
igual que cuando Antonio,
igual que cuando Pedro,
igual, igual que siempre
cuando se muere un hombre,
a distancia y en pie,
sin apenas un palmo de liego yerbazal
donde poner a salvo los renunciados huesos.

Pero espera y verás, amado Luis;
ahora tendrás poemas y frases laudatorias
de cariz necrológico,
y se alzarán mil voces de gangosa asonancia
a babearte el pecho.
Igual que cuando Antonio,
igual que cuando Emilio,
igual, igual que siempre que aparece un cadáver

con los puños sangrados
de golpear en las cegadas puertas
en que colgó su infancia.

No les escuches, Luis;
te están mintiendo.
Sé que te lluviarán la muerte a lágrimas,
pero estarán mintiendo;
y si no,
empecemos por repasar las cuentas
y a ver cuántos vais ya
bruscamente dejados de la mano de Dios,
fatalmente dispersos
dando vicio a la yerba.

Yaces, porque esto es así
y hay que morir de algo;
pero por nada más, por nadie más;
es decir, sí, por alguien
que acechaba tu muerte para heredar tus botas
y medir su enanez
con la volcada dimensión de un muerto.

Digo, querido Luis,
que no les hagas caso:
te aguarían la fiesta de este morir tan hombre,
te subirían náuseas
en el más trascendente de todos los instantes.
Y sería una pena,
ahora que tan de cerca vas a hablar con Miguel,
Antonio y Federico...;
ahora que, muertamente,
puedes echar caballos en la lengua
y, como si tal cosa,
demoler por tu pie
las leguas agresoras de tu empeño...

RAIMUNDO RAMÍREZ DE ANTÓN